

TRES DECADAS DE CULTURA DOMINICANA (BAJO EL SIGNO DE LA COMUNICACION MASIVA)

JOSE LUIS SAEZ, S.J.

INTRODUCCION

Decía, hace ya veinte años, el afamado pensador canadiense H. Marshall McLuhan que, "una vez que una nueva forma tecnológica se instala en un medio social determinado, no detiene su acción hasta que cada institución está empapada".¹ Por eso, la aparición de nuevas formas de comunicación social en un medio determinado, conlleva la alteración de las formas de experiencia, de perspectiva mental, de expresión, y por supuesto, los patrones de convivencia, la articulación de nuestras ideas y, en fin, la conciencia social y política, para no mencionar la base económica de sustentación.²

No es preciso ser un "macluhanita" más, para darse cuenta de la repercusión que han tenido en los últimos treinta años los medios de comunicación masiva en la cultura, en la conciencia política y en los patrones de relación social de gran parte del pueblo dominicano. Las "crisis" que han estremecido a la sociedad dominicana de los años sesenta y setenta, quizás no se deban a la aparición repentina de nuevas tecnologías o al hecho de "querer solucionar problemas de hoy con las herramientas de ayer", como decía McLuhan, pero la expansión y acomodo definitivo de los medios de comunicación masiva, cargan con gran parte de la responsabilidad.

El estudio del impacto de esos medios (prensa, radio y televisión, sobre todo), no ha sido lo suficientemente amplio, como para darnos una explicación coherente y satisfactoria del fenómeno en cuestión. Vale la pena, por tanto, observar el panorama cultural de la República Dominicana en la década de los ochenta, y plantearse la necesidad de un estudio serio que nos permita trazar el proceso seguido desde los años cincuenta, a la sombra o "bajo el signo" de la comunicación masiva.

Estas notas, a manera de ensayo, pretenden ser una especie de "aperitivo" para un estudio amplio sobre el tema. A modo de observaciones de un espectador neutral, no pretenden otra cosa que abrir avenidas de investigación que nos ayuden a comprender mejor el cuadro actual de nuestra cultura y nuestra evolución social.

LOS MEDIOS DE COMUNICACION MASIVA: RECUESTO DE TRES DECADAS

Aunque el periodismo se había introducido en Santo Domingo en 1821, los verdaderos inicios del periodismo diario deben fecharse en 1872 con la aparición de *El Porvenir*, en Puerto Plata, y años más tarde con el *Listín Diario* (Santo Domingo, 1889), y *El Día* (Santiago, 1891).

Desde que se inicia el siglo XX, y hasta que Trujillo toma el poder en febrero de 1930, aparecen y desaparecen más de cuarenta publicaciones periódicas, tanto en la Capital como en las provincias. Durante los años de la tiranía (1930-1961), desaparecen prácticamente todos los periódicos, a excepción de *La Información* (Santiago, 1915), y se fundan dos: uno matutino (*El Caribe*, 1947), uno vespertino (*La Nación*, 1940), aparte de un semanario (*La lista de la lotería*), que era prácticamente el único periódico que circulaba los domingos durante las décadas del 40 y 50, al menos en la tarde.

A partir de 1961, como consecuencia de la caída del régimen de los Trujillo, y la tenue apertura democrática, surgen nuevos periódicos. Reaparece, ante todo, el *Listín Diario* el día 1.º de agosto de 1963, después de veintidós años de suspensión, con el mismo formato standard, y prácticamente el mismo estilo periodístico de principios de siglo. En 1966, aparece el segundo vespertino de este siglo *El Nacional de ¡Ahora!*, empresa que editaba la revista del mismo título desde 1962. En 1970, la Editora del *Listín Diario*, saca a venta un nuevo vespertino, *Ultima Hora*, y, tres años después, a causa de un conflicto en *El Nacional*, surge *La Noticia*, también vespertino y en formato tabloide.

En 1971, aparece un nuevo periódico regional: en la ciudad de Santiago, se edita *El Sol*, en formato standard. Sin embargo, acosado por problemas económicos, pronto se trasladará a la Capital, y adoptará el tamaño tabloide, aunque siga como matutino.

Por fin, en 1981, aparecen *Hoy* y *El Nuevo Diario*, que competirán con la prensa matutina tradicional, mientras en Santiago aparecerán y desaparecerán en menos de un año, *El Día* (1981), y *Ya* (1982).

De igual modo, las revistas periódicas han tenido una historia accidentada, sobre todo en las tres décadas que nos ocupan. Aparte de las que eran órgano de algunas instituciones (Fuerzas Armadas, ayuntamientos, Cámara de Comercio, iglesias, etc.), las revistas comerciales dominicanas no lograron ambiente propicio durante las décadas del cuarenta y cincuenta. Por eso, circulaban profusamente los semanarios cubanos *Bohemia* y *Carteles*, aunque limitados, a veces, por la censura de la tiranía.³ Sólo logró mantenerse estable la revista católica *Amigo del Hogar*, fundada en Santiago en 1942 como un Boletín Parroquial, y trasladada en 1968 a la Capital, que llegó a alcanzar una tirada de 26,000 ejemplares en la década de los años sesenta.

A partir de 1962, en que surge la revista semanal *¡Ahora!* en Santo Domingo, aparecen un buen número de publicaciones, algunas de vida efímera, otras de aparición cada vez más irregular. En resumen, en los últimos veinte años, se pueden contar siete revistas literarias, dos de cine, siete universitarias, dos de economía, tres de ciencias sociales, cuatro de historia y antropología, tres de derecho, además de las revistas religiosas y "sociales".

En el campo literario, por ejemplo, se cuentan *Testimonio* (1963-65), *Bloque* (1973-74), *Helios* (1973-76), *Letra Grande* (1980—), *Scriptura* (1980—), *Extensión* (1981—), *Humanitas* (1982—), *Cuadernos Siboney* (1980—), y *Yelidá* (1983—).

En el campo político, hay que destacar, sobre todo, a la revista *Política: Teoría y Acción*, fundada por el PLD en 1980, *El Callejón con salida*, también en 1980, y otras de menor circulación y regularidad. En el mismo campo político, y en lo que podríamos clasificar como "prensa alternativa" —algunos prefieren la categoría más genérica de "prensa clandestina"—, en los últimos cinco años han aparecido, entre otras, las siguientes publicaciones periódicas: *Hablan los comunistas* (anteriormente en forma de revista con el título de *Impacto Socialista*), semanario fundado por el PCD en 1978, con una tirada aproximada de 56,000 ejemplares; *Fuerza Socialista*, publicación quincenal, fundada en 1980 por el MPS, con una tirada de 9,000 ejemplares; *Vanguardia del Pueblo*, semanario del PLD, fundado en 1974, con una tirada de 90,000 ejemplares; *Alborada Socialista* mensuario del NCT, fundado en 1978, con una tirada de 7,000 ejemplares; *El Socialista*, mensuario del PS, fundado en 1978, con una tirada de 8,000 ejemplares; *Poder Popular*, órgano del MUS, publicación quincenal, fundada en 1980, con una tirada de 6,500 ejemplares; *Lucha*, órgano mensual del PCT, fundado en 1981, con una tirada de 7,000 ejemplares; *Despertar*, publicación quincenal del PACOREDO, fundada en 1972, con una tirada de unos 50,000 ejemplares; *El Proletario*, mensuario del OST, fundado en 1982, *Ofensiva*, publicación quin-

cenal del BS, fundada en 1984, etc., sin contar los órganos de sindicatos (*La Voz*, del SNPP, 1977), los periódicos de grupos políticos estudiantiles (*Claridad*, 1981), semanarios católicos (*Camino*, 1981), y hasta los llamados "periódicos independientes", como *El Periódico* (La Romana, 1977), *La Voz del Sur* (San Cristóbal, 1973), *Caña Brava* (1978), etc.

Entre las publicaciones periódicas de humor, hay que destacar, sobre todo, *Cachafú*, fundada en 1962 y prácticamente desaparecida en 1978. Recientemente se ha tratado de resucitar este tipo de prensa con la publicación periódica de las décimas *El Pueblo se queja en verso*, que aparecían en un vespertino, y la aparición del periódico *Mundo Loco* (Santo Domingo, 1984).

La radio se inició en Santo Domingo apenas seis años después que Estados Unidos estableciese las primeras emisoras comerciales. La primera emisora dominicana fue *HIZ* (Santo Domingo, 1926), propiedad de un norteamericano que llegó al País con las tropas de ocupación en 1926, seguida por la estación *HIX* ("Radio Atenas del Nuevo Mundo"), instalada en 1928 por el gobierno dominicano.

En la década de los años treinta, y a pesar de las restricciones de la tiranía, se instalan ocho emisoras más, tanto en la Capital como en las ciudades del interior. Así, aparecen *La Voz del Cibao* y *Radio Gabino* (Moca) en 1930, *La Voz del Trópico* y *HIG* en Santo Domingo (1932), *La Voz del Papagayo* (1935) en La Romana, *La Voz del Oriente* (1935) en San Pedro de Macorís, *La Voz de la Hispaniola* (Santiago) y *Radio Cristal* (Santo Domingo, ambas en 1936, y, por fin, *Radio Mil* (Santo Domingo), en 1938.

En la década de los cuarenta, aparecen seis emisoras más, y, en 1960, ya cuenta el País con treinta y seis emisoras. Entre 1965 y 1983, el número de frecuencias, tanto en AM como en FM, ha aumentado considerablemente, llegando a la cifra de *cientos veinte emisoras en AM y ciento dieciséis en FM*, aproximadamente, en todo el territorio nacional. Naturalmente, hay que aclarar que, entre la Capital y Santiago se reparten el 42.8 por ciento de las emisoras del País, mientras la zona Sur cuenta con el 42 por ciento, la zona Norte con el 48.2 por ciento, y la zona Este, únicamente el 9.8 por ciento del total de emisoras establecidas en el territorio nacional.⁴

En cuanto a la televisión, la historia se inicia a partir de agosto de 1952 con la salida al aire de *La Voz Dominicana*, en el canal 4 de Santo Domingo, y sin más alcance que los 1,453 kilómetros cuadrados, que la Ciudad y sus alrededores abarcaban en esa época.

A los seis años, en 1958, esa misma estación, propiedad del general José Arismendy Trujillo, instala dos repetidoras: una en La Cumbre, y otra en el Santo Cerro, operando así los canales 9 y 2, y cubriendo la zona central de la República.

En 1959, aparece en el canal 7 de Santo Domingo, *Rahintel*, que, unos años después, instalará dos repetidoras para ampliar su cobertura también a la zona central del País: una en el Santo Cerro (La Vega) en 1965, y otra en La Navisa (Cotuí) en el canal 70 de UHF.

En 1969, Santiago aloja el primer sistema de televisión en color, con la instalación del canal 9 (*Color Visión*) en el salón de un hotel, para trasladarse en 1973 a la Capital, operando los canales 9 y 2, mientras *Radio Televisión Dominicana* (la antigua *Voz Dominicana*, que ha cambiado ya dos veces su nombre), toma los canales 5 y 12 para cubrir el Centro y la parte Este del territorio dominicano.

En 1973, empieza a operar el primer canal de UHF (si se exceptúa el repetidor de *Rahintel* en La Navisa). Se trata del canal 30 de *Teleinde* (Santo Domingo), que, a los pocos meses de transmisión, consigue pasar a la banda de VHF, y operar el canal 13.

Por último, y cuando casi todos los canales han hecho la conversión a color, sale al aire en 1978, *Telesistema Dominicano* (Canal 11), propiedad, unos años después, del *Bloque ¡Ahora!*. Un año después, a mediados de 1979, la Editora del Caribe, C. por A., inaugura *Teleantillas* en los canales 2 y 13, para cubrir Santo Domingo y la zona central, respectivamente.

Las cifras más conservadoras, calculan que hay unos veintitrés (23) aparatos de televisión por cada mil habitantes. Se sabe que hay aproximadamente 299,896 hogares con un televisor, por lo menos, y que sólo en la Capital hay 121,760. Esto, sin contar los hogares que tienen un aparato de videotape o los que se han suscrito a una de las tres empresas que transmiten televisión por cable desde 1983 —dos en la Capital, y la que acaba de iniciar en menos escala sus operaciones en Santiago.

En cuanto al cine, que empezó a explotarse como espectáculo comercial en 1908, el País cuenta con *unas ciento veintisiete salas permanentes*, con un total aproximado de 61,507 butacas. Sólo la Capital, con más de un millón de habitantes, cuenta con sesenta y cinco (65) salas, mientras Santiago tiene dieciocho (18).

La asistencia promedio a las salas de cine es de unos 25,760 espectadores diarios en todo el País, lo que arroja un ingreso de más de 24,000 pesos diarios, producto de unas ciento treinta y siete sesiones en dos o tres tandas diarias. Aunque los cálculos varían de año en año, los dominicanos de la zona urbana asisten al cine un promedio de 3.52 veces al año, con una inversión aproximada de 3.28 pesos.

Como es de suponer, a partir de la Segunda Guerra Mundial, el cine norteamericano dominó el mercado dominicano. Por eso, el 78 por ciento, aproximadamente, de las ciento cincuenta y seis (156) películas que se estrenan anualmente en Santo Domingo, son de los Estados Unidos o distribuidas por firmas multinacionales de ese país, como Columbia Pictures, Warner Bros., Paramount o 20th Century Fox. Siguen en importancia las producciones mejicanas y las de la China Nacionalista, que componen la programación de las salas más populares de las zonas urbana y rural. Algunas distribuidoras menores, especializadas en cine de los países socialistas, sobre todo de Cuba, Hungría, Checoslovaquia y la Unión Soviética, han abierto el panorama que se le ofrece al espectador dominicano en la década de los ochenta.

Después de haberse estancado para siempre la producción cinematográfica dominicana en la década de los años veinte, ha cobrado inusitado auge en los últimos diez años la pequeña industria del cine publicitario y documental e incluso del cine industrial y turístico. La producción promedio en ese renglón no pasa aún de seis o siete medimetrajes anuales. Sin embargo, es cada vez mayor la cantidad de cuñas publicitarias en videotape que se realizan en el país e incluso para la exportación.

LA COMUNICACION COMO VARIABLE SOCIAL

Es obvio que los medios de comunicación masiva, a partir de la década de los cincuenta, han experimentado una expansión de grandes proporciones, sobre todo si se compara con la lenta evolución de los medios tradicionales en las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, esta difusión de los medios masivos no significa que éstos influyan de inmediato en la educación, la manera de ser o la vida de relación del pueblo dominicano.

Tanto la prensa, como después la radio y la televisión, fueron —y aún son en cierta escala— exclusividad de ciertos grupos sociales de las zonas urbanas del País. En el caso de la prensa, dado el alto índice de analfabetismo, incluso después de la aparatosa “Campaña Trujillo de alfabetización total”, de 1955, y el

escaso poder adquisitivo de buena parte de la población, se entiende que la compra o lectura de los dos periódicos que existían en la década de los cincuenta, no estaba al alcance del pueblo, y que, incluso la escasez de vías de comunicación, reducía su circulación y su tirada. Recuérdese, además, que los periódicos dominicanos no dispusieron de teletipos para la recepción de las noticias extranjeras hasta el mes de julio de 1952, lo cual nos da un asomo de su calidad y valor informativos, dentro de la prensa moderna.

En el caso de la radio y la televisión, dada la escasa electrificación del País en la década de los cincuenta, ocurrió el mismo fenómeno que con la prensa.⁵ Sólo la introducción de los radio-transistores portátiles en la década de los años sesenta, hizo posible la expansión de la radio, y la puso al alcance de la gran mayoría de los dominicanos. Sin contar la cantidad de receptores que se introducían al país sin control aduanero, se calculaba en 1971, que, por lo menos, el 81.7 por ciento de las familias dominicanas poseía un aparato de radio.⁶

Aunque el cambio en los patrones de vida de la sociedad urbana requeriría de un estudio sociológico amplio, para detectar hasta qué punto la expansión de los medios de comunicación masiva ha sido responsable, podemos aventurar una serie de conjeturas o "porqués", que nos ayuden a definir mejor el proceso seguido por la sociedad dominicana en estos últimos treinta años. Sin duda, algunos cambios detectables se han dado, sobre todo, en el área política —más bien, de la "conciencia" política—, y en el área del comportamiento social, que incluye la vida de relación y los patrones de consumo. Y, precisamente, en esas áreas se centran las notas que siguen.

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA POLITICA

No cabe duda que el regreso de los primeros exiliados políticos en julio de 1961, y la caída definitiva del régimen de fuerza de los Trujillo, a fines de ese mismo año, contituyó un espectáculo insólito para los dominicanos de las zonas urbanas que tenían más fácil acceso a un medio de comunicación masiva como la televisión.

Después de tres décadas de tiranía, y la consiguiente falta de información, el televidente y el radioescucha dominicano descubrió un mundo nuevo, cuando vio en la pantalla, y por primera vez, expuestos a las miradas de todos, a los personajes más destacados de la política de oposición, que habían hecho su carrera en el exilio y eran prácticamente inencontrables, como Juan Bosch, Angel Miolán o Juan Isidro Jimenes Grullón.⁷

Los programas de entrevistas o de panel, ganaron de la noche a la mañana el favor de los espectadores dominicanos de los años sesenta, que fueron desmitologizando, poco a poco, a los políticos e incluso a la política, aunque la realidad histórica de los cinco años siguientes frustrase pronto sus expectativas de autoexpresión y participación política.

La proliferación de programas de ese tipo, y, sobre todo, la ampliación de los noticieros de televisión, y el uso del videotape a partir de los años setenta, ha hecho crecer en el pueblo de las zonas urbanas una conciencia política cada vez más notable, aunque el fenómeno no esté suficientemente definido ni acompañado de una formación ideológica clara o concreta. Basta con sentarse cualquier noche a ver los interminables "reportajes", de ínfima calidad informativa y técnica, del canal 13 (*Teleinde*, Santo Domingo), para darse cuenta del desarrollo que ha experimentado la "conciencia política" del pueblo marginado de Santo Domingo. Dado el aumento en la tenencia de receptores de televisión desde la década de los años sesenta, el pueblo de los barrios periféricos de la Capital —lo mismo ha sucedido en Santiago—, sabe la difusión que tiene su opinión a través de un medio de comunicación masiva, y lo que supone el hacer valer su opinión en protesta contra el ayuntamiento, el alto costo de la vida o las deficiencias del transporte. El pueblo dominicano de las zonas urbanas ha aprendido bien lo que son los medios de comunicación masiva y el papel que juegan en la acción política.

El mismo fenómeno se ha dado, en proporción quizás mayor, aunque menos aparatosa, en el caso de la radio. Además de los noticieros, tanto los de las emisoras de la Capital, como los noticieros "menores" de las ciudades del interior, con proyección a la zona rural, la radio dominicana ha facilitado, en algunos casos, un canal de expresión popular de probada eficacia. Desde los simples "servicios sociales" de *Radio Guarachita* (HIAW, Santo Domingo), hasta los programas de educación no formal de *Radio Santa María* (HIDV, La Vega) o *Radio Enriquillo* (HITS, Tamayo), entre otras, hay una amplia gama de posibilidades de comunicación "alternativa", por así decirlo, que el pueblo dominicano de la clase baja ha sabido utilizar con sabiduría.

Un programa como "Universidad para todos" (*Radio Santa María*), que se nutre, en gran parte, de las grabaciones realizadas en visitas a comunidades rurales, en las que se exponen quejas, problemas y vivencias, tanto en forma de sociodrama, como en décimas o en simples "denuncias", han contribuido a crear una actitud social y política muy diferente a la propia de la década del cincuenta, sobre todo, con respecto a la política y a los "políticos". Ante todo, ha servido el medio para trazar una línea divisoria entre las "clases sociales" —por muy sim-

plista que parezca el término—, aunque ese uso de la radio no haya hecho más que provocar que aflorase lo que ya estaba latente en la década de los cincuenta.

Es preciso mencionar que la concientización política del pueblo a través de la radio, tuvo su empuje inicial con la labor desarrollada por el Profesor Juan Bosch en sus charlas radiales de la campaña electoral de 1962. Como él mismo explica en el capítulo VIII de su obra *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, el vocabulario popular, sin necesidad de caer en la chabacanería, el marcado interés en hacer asequibles al entendimiento del pueblo conceptos tan abstractos o técnicos como la democracia representativa, el estado o las clases sociales, hicieron que los dominicanos, verdaderamente marginados de toda decisión política, empezaran a recibir lo que realmente necesitaban y querían: una voz que les devolviera la voz perdida.⁸

A pesar del valor que tiene para el carácter y la cultura de raíz latina el contacto —y hasta el tacto— personal en las relaciones sociales y políticas, Bosch supo que había una “lengua nueva” que era preciso explotar. Los discursos pomposos, la oratoria decimonónica, romántica e incomprensible para gran parte de la población, no servía más que para alejar al político de sus potenciales votantes, por muchas manos que estrechasen, muchos niños que besasen y muchas ancianas que abrazasen. La radio, que aún era un juguete atractivo y novedoso, y esa “nueva lengua” que dominaba a la perfección Juan Bosch, eran más eficaces en el acercamiento, hasta a aquéllos que se mantenían indecisos o con la frialdad propia de quien apenas ha rebasado treinta años de tiranía.

Un resultado obvio, y una señal de la apertura democrática irreversible de los años sesenta, ha sido el surgimiento de la sátira política, tanto en las “caricaturas editoriales” de la prensa, como en la actuación de los caricatos en radio y televisión, imitando a los políticos o a los funcionarios públicos. La sátira política, propia de la prensa y hasta del teatro dominicano de principios de siglo, ha vuelto a cobrar vigencia como desmitologizadora de la política y, con el tiempo, hasta de la misma Historia.⁹

NUEVOS PATRONES DE RELACION SOCIAL

Aunque los cambios promovidos o apoyados por los medios de comunicación masiva en lo social, no pasen de ser “modas”, y su corta duración no afecte necesariamente los patrones de conducta de los dominicanos de la zona urbana,

no por eso debemos dejarlos pasar sin conjeturar su importancia y, posteriormente, estudiar su influjo.

El cine y la televisión, en mayor grado que la prensa o la radio, han contribuido, a su modo, al proceso de modernización que irrumpió en la vida dominicana en los últimos veinte años del siglo XIX, y que se inició prácticamente con la reintroducción de la industria azucarera.¹⁰

Desde 1909, en que se instala la primera sala permanente en Santo Domingo y comienza su arraigo como espectáculo, el cine reforzó los patrones extranjerizantes de valoración social del dominicano. Basta con repasar la prensa o las revistas “de sociedad” de los primeros años del siglo, para ver qué actores o actrices gozaban del favor y la admiración de la “pequeña burguesía” que asistía a los tres o cuatro cines de la Capital.¹¹ Al ver después las fotografías de las revistas o leer las crónicas sociales, se comprueba cómo los peinados, los vestidos y hasta los ademanes y poses son remedos de los “modelos” cinematográficos de la época.

El perfeccionamiento del medio, sobre todo en las décadas del cuarenta y cincuenta, influyó también en la “americanización” del lenguaje, como dice el historiador Moya Pons que había ocurrido en los años diez con la introducción de marcas de fábrica en inglés y la consecuente publicidad.¹²

Un conocimiento más detallado de la vida familiar norteamericana a través de algunos filmes de la década del cincuenta —*Rebelde sin causa* (“Rebel without a cause”, Nicholas Ray) y *Semilla de maldad* (“Blackboard Jungle”, Richard Brooks), ambos de 1955—, abrió a la juventud de la clase pequeño-burguesa urbana nuevas formas de relación familiar y de comportamiento sexual y hasta religioso. Lo mismo había sucedido en las dos décadas precedentes, aunque en otro aspecto, con filmes como *Lo que el viento se llevó* (“Gone with the wind”, 1939), de Victor Fleming, o *Rebecca* (1940), de Alfred Hitchcock.¹³ La decoración interior, el tipo de mobiliario, los aditamentos del hogar, y, por supuesto, el vestuario y el vocabulario, sufrieron ciertos cambios bajo el influjo del “mundo” que retrataban las películas, una vez que la participación política estaba vedada a la juventud dominicana de los años cincuenta, y las avenidas de esparcimiento o deporte eran un tanto estrechas.

En la década de los sesenta y setenta, no cabe duda que el nuevo cine romántico norteamericano tuvo cierto arraigo entre la juventud urbana de nuestro país. El éxito de *Love Story* (Arthur Miller, 1970), por citar un ejemplo, conlleva también la adopción de ciertos cambios, aunque sean epidérmicos, en la

vida de relación de la pequeña burguesía urbana. En el matrimonio, se adopta como fórmula de votos la que usaban los protagonistas del filme, y hasta en bodas eclesiásticas se interpreta al órgano la partitura de Francis Lai, que servía de tema al filme en cuestión.

Algunos psicólogos y sociólogos han establecido también cierta relación entre el cine y la televisión de los años setenta, y los patrones de comportamiento sexual, sobre todo en el caso del embarazo en la adolescencia. Aunque sería preciso una investigación más concreta, el aumento que ha experimentado ese problema en nuestro País, dicen los expertos, ha sido reforzado por un medio social sobresaturado de sexo, y, en particular, por el "bombardeo sexual" de los medios de comunicación social.¹⁴ Sin embargo, hay que confesar que un porcentaje elevado de la programación de nuestras salas de cine y canales de televisión, acusa más violencia formal que sexo, y, si a eso se suma la violencia típica de nuestra vida política, habría que decir que el *medio social* está sobresaturado de ambos elementos.

La aparición de los juegos de vídeo, en el caso de los niños y adolescentes, y la introducción de la televisión por cable, son dos variables que merecen atención en un estudio de la sociedad y la cultura dominicanas de estos últimos decenios. Un psicólogo podría aclarar los efectos que los juegos de video tendrán a largo plazo en la capacidad intelectual, margen de retención o hábitos de estudio de la población joven. Quizás es demasiado reciente el hecho, para poder calibrar su repercusión. Pero, también hay que reconocer que no es un fenómeno aislado, sino que aparece como secuela de un tipo de filmes de ciencia-ficción, propios de la década del sesenta, la proliferación y asequibilidad de computadoras en miniatura, y hasta el famoso cubo Rubik. Sólo dentro de ese contexto, que es también sintomático del paso al siglo XXI, tiene pleno sentido.

La instalación de la televisión por cable, y la consiguiente accesibilidad a unos veinte canales norteamericanos en un buen número de hogares de la Capital, supone un paso más en el proceso de extranjerización de que hablábamos antes, citando un trabajo de Moya Pons, sin entrar en el problema de transculturación continua que todo esto supondría a la larga.

La adopción sumisa de "estilos de vida" importados y servidos en casa, por decirlo así, traerá como consecuencia una igualación social entre las clases media alta dominicana y su equivalente norteamericana. Es decir, dentro de unos años, en el aspecto cultural y de comportamiento social, la brecha entre las clases sociales dominicanas será más ancha, mientras las "homónimas" norteamericana y dominicana se acercarán más y más.

Si a todo esto unimos el estilo publicitario de los últimos diez años, cada vez más sofisticado e ideologizado, no es difícil ni aventurado decir que se ha puesto ya en marcha —quizás la guerra civil de 1965 fue el punto de partida— un proceso de *desarraigo nacional*, sobre todo, en el seno de las clases que antes agrupábamos con ligereza en la “burguesía criolla”. Y, como decíamos respecto a los juegos de video, el fenómeno no es algo aislado. La publicidad de los setenta y ochenta refuerza el consumismo que se inició en los sesenta con la instalación de los supermercados y los centros comerciales, que desplazarían poco a poco a la pulpería y el ventorrillo, trasplantes de la economía rural a la urbana, cuando la diferencia entre ambas no era aún tan marcada.

BALANCE PROVISIONAL

No se puede negar que el panorama de los medios de comunicación masiva ha variado considerablemente en los últimos cinco años, mientras el panorama político sufría también ciertos cambios de perspectiva. A la hora de buscar una salida al continuismo en las elecciones de 1978, la cultura dominicana había llegado a un punto de ebullición que acusaba un marcado interés por el pasado histórico desmitologizado, el estudio y difusión del folklore mestizo, el incremento de las publicaciones de todo tipo, el “boom” de la literatura joven, e incluso la expansión de la *industria de la cultura*.¹⁵

Sin embargo, en otro orden, estaba aún latente la experiencia de la tiranía, las frustraciones de la guerra de 1965, y, en fin, la desgana política, consecuencia lógica de ambas. El pesimismo histórico, de que tanto se ha hablado desde 1896, en que aparece enunciado por J. R. López, seguía manifestándose en el vocabulario reflejo y en la obsesión caudillista, a pesar de que una gran masa cobraba conciencia política y abandonaba su pasividad providencialista.

La dependencia económica y la ubicación geográfica forzaron a la nación a plegarse a una fórmula política comprometida, aunque la opción de cambio social tuviera otra cara, y hasta se contemplasen, en los últimos diez años, tanto la opción revolucionaria como la militar.¹⁶

Si es verdad que “la misión de los medios de comunicación debe estar dirigida a promover el desarrollo de la burguesía independiente”,¹⁷ podríamos decir que, tanto la prensa como la televisión y la radio, han contribuido a su modo, en los últimos tres decenios, a definir mejor la línea divisoria entre la clase media y sus estratos, y la clase baja.

En el orden cultural, sin embargo, y a pesar de la aparente democratización de la enseñanza, sigue vigente el doble standard —*cultura nacional* y *cultura popular*—, aunque a veces sea mejor decir *cultura del consumo* y *cultura de la pobreza*, sobre todo tratándose de la zona urbana.

A no ser que la investigación en esta área sea una tarea permanente de sociólogos, psicólogos y teóricos de la comunicación social, no podemos predecir en qué clase de sociedad desembocará el pueblo dominicano en su marcha hacia el siglo XXI. Una vez que se trata de un proceso irreversible de modernización, no es aventurado pensar que la cultura y la sociedad dominicanas, bajo el signo de la comunicación masiva, plantearán, cada vez con mayor exigencia, un reto al que sólo un nuevo modelo de educación y de participación política podrán hacer frente. De lo contrario, habrá un continuo rompimiento entre la estrechez de nuestra realidad social y la amplitud de nuestras aspiraciones, porque, como decía Marshall McLuhan, seguiremos queriendo resolver los problemas del mañana con las herramientas del ayer.

NOTAS:

1. Marshall McLuhan, *Understanding Media: The extensions of Man*. 3ra. ed. New York: New American Library, 1964. pág. 161.
2. M. McLuhan, *La Galaxia Gutenberg: Génesis del Homo Typographicus*. Madrid: Aguilar, 1969. pág. 12.
3. En varias ocasiones, el correo retuvo ambas revistas por el humorismo político crítico que contenían. Otras, un funcionario del correo se encargaba de borrar con una cuchilla de afeitar el nombre de Juan Bosch de los artículos que el político publicaba en *Bohemia*. Cuando la firma era la del Dr. Juan Isidro Jimenes Grullón, evidentemente más larga y difícil de raspar, la revista era retenida en el correo.
4. Cfr. Amable García, "¿Cómo realiza sus funciones la radio dominicana?", *Estudios Sociales*, n. 23 (Julio-Septiembre 1973), pág. 146-147.
5. Aun hoy, en 1984, sólo el 35 por ciento del País está electrificado.
6. Ezequiel García y A. Ramírez, *Informe final del estudio sobre valores y actitudes de los jefes de familia respecto al mejoramiento de los niveles de vida en la República Dominicana*. Santo Domingo: UNPHU, 1971. pág. 36.
7. Cfr. J. L. Sáez, "Muestreo de televisión extranjera: Santo Domingo", *Reséña* (Madrid), n. 88 (Septiembre-Octubre 1975), pág. 35.
8. Juan Bosch, *Crisis de la Democracia de América en la República Dominicana*, 2da. ed. México: CEDS, 1965. págs. 80-89.

9. La labor de caricaturistas como Roger Estévez, Daddy, Mercader, Harold Priego, y la de caricatos como Freddy Beras Goico y Milton Peláez, entre otros, ha contribuido a esa apertura a la sátira política refrescante.
10. Frank Moya Pons, "Urbanización y cambios en la República Dominicana", en *Ensayos sobre cultura dominicana*. Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano, 1981. pág. 217.
11. En el mes de enero de 1923, en los cines Colón e Independencia, se celebró un concurrido y reñido concurso sobre "la superioridad de las actrices Norma y Constance Talmadge", y ganó en popularidad entre el público capitalino Norma Talmadge. *Listín Diario* (Enero 4, 1923), pág. 8.
12. F. Moya Pons. *op. cit.*, pág. 223.
13. El influjo del vestuario de *Rebecca*, se notó hasta en la profusión con que se lanzaron al mercado en España y en otros países de habla española, abrigos ligeros de lana para damas, precisamente con el nombre de "rebecas", e imitando el que usaba la protagonista en la película de Hitchcock.
14. Elsa Expósito, "Bombardeo Sexual de Medios de Comunicación influye en los embarazos de adolescentes", *El Sol* (13 Marzo 1978), pág. 7.
15. Es preciso añadir el surgimiento desproporcionado de centros de educación superior o "universidades al vapor", en una carrera alocada por obtener un título que sirva de trampolín de ascenso social o para alargar la espera de una oferta de trabajo en un mercado que no tiene cabida para un simple egresado de la escuela secundaria.
16. Acerca de las opciones políticas de los años setenta, véase la obra de Eduardo Latorre, *Política dominicana contemporánea*. Santo Domingo: INTEC, 1975. págs. 349-359.
17. "Víctor Livio Cedeño sostiene: Medios de comunicación deben promover desarrollo de burguesía independiente", *El Sol* (Abril 4, 1978), pág. 22.

BIBLIOGRAFIA

A continuación, se incluyen las obras principales sobre el tema Comunicación y Sociedad Dominicanas, entre las publicaciones más recientes.

Alvarez Vega, Bienvenido. *Prensa escrita y estructura de poder en la República Dominicana*. Santo Domingo: Alfa y Omega, 1983. 214 páginas.

Presentado como tesis en el Departamento de Comunicación Social de la U.A.S.D., el trabajo de Alvarez Vega constituye uno de los mejores aportes al problema de los medios de comunicación social y su base económica y política. Aunque se circunscriba al caso de la prensa, no deja de ser iluminador para comprender el caso de otros medios masivos en la República Dominicana.

Galíndez, Jesús de. **La Era de Trujillo: Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana**. 3ra. ed. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1956. 455 páginas.

A pesar de haber cumplido ya más de veinte años, la obra de Galíndez sigue siendo material de apoyo para la comprensión del aparato de poder de una tiranía como la de Trujillo, y el papel que desempeñaron en ella los medios de comunicación masiva.

Mejía, Luis F. **De Lilís a Trujillo**. Santo Domingo: Editora de Santo Domingo, 1976. 353 páginas.

La reedición de esta obra, constituye otro material de base imprescindible para el análisis de la tiranía de Trujillo, sobre todo, los capítulos dedicados a la cultura y la prensa en los días precedentes a la instalación del régimen de Trujillo.

Pérez Sánchez, José. "La prensa durante los primeros años de la Era de Trujillo", **EME EME**, vol. II, núm. 7 (Julio-Agosto 1973), págs. 61-138.

Uno de los mejores trabajos de investigación histórica sobre la actitud de la tiranía de Trujillo frente a la libertad de prensa, y el uso que supo hacer de ella para el aparato ideológico del Estado.

Rosario García, Amable. "¿Cómo realiza sus funciones la radio dominicana?", **Estudios Sociales**, año VI, n. 3 (Julio-Septiembre 1973), págs. 143-158.

Un buen estudio de las funciones sociales de la radio, a base de una encuesta, sobre todo, en las emisoras de la zona rural del centro-oeste de la República Dominicana.

Sáez, José Luis. **Historia de un sueño importado: Ensayos sobre el cine en Santo Domingo**. Santo Domingo: Ed. Siboney, 1982. 211 páginas.

La primera obra de su género que estudia la aparición y desarrollo del cine como espectáculo en la República Dominicana, al tiempo que lo enmarca en el ambiente social y la cultura de principios de siglo.

———. "Morfología de un género de consumo: La Telenovela", **Estudios Sociales**, año VI, n. 1 (Enero-Marzo 1973), págs. 23-37.

Un estudio de la telenovela en general y su papel en la sociedad dominicana de los años setenta, sobre todo en cuanto a su capacidad alienante.

Vega, Bernardo y otros. **Ensayos sobre cultura dominicana**, Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano, 1981, 248 páginas.

Una buena colección de conferencias sobre la cultura dominicana en diferentes etapas de su formación. Para el tema que nos ocupa, destaca sobre todo el ensayo sobre el proceso de modernización, obra del historiador Frank Moya Pons, citado en el texto.

Villaverde, Alberto (ed.) **La comunicación social en las leyes dominicanas**. Santo Domingo: SEPCOM, 1979, 120 páginas.

Una recopilación de todas las disposiciones legales relativas a la prensa, la radio y el cine, desde la época de la ocupación militar norteamericana (1916-1924) hasta nuestros días.

———. **Juventud y medios de comunicación social en República Dominicana.** Santo Domingo: CICOS, 1976. 24 páginas.

Ponencia presentada en el seminario "Juventud dominicana: presente y futuro", patrocinado por las Naciones Unidas en Santo Domingo. Interesante estudio, dentro de su brevedad, sobre el papel de los medios de comunicación masiva en la conformación de la juventud de un país subdesarrollado y dependiente.

White, Robert. **Un modelo alternativo de educación básica: Radio Santa María.** París: UNESCO, 1978. 132 páginas.

Un estudio sobre el impacto de una emisora de corte popular-participativo en la creación de liderazgo comunitario en la zona central del País.